

CONFERENCIAS

ASI ES SEVILLA

María del Carmen Gutiérrez Llamas

Dignísimas Autoridades, Magnífico Señor Rector, Ilustrísimos Catedráticos, Doctores e Ilustres Público en general.

Si todas las ciudades del mundo tienen multitud de facetas, Sevilla, no es una; no se puede hablar de Sevilla, hay que hablar de las Sevillas. Una ciudad con tres mil años de historia a sus espaldas, se ha convertido, al menos en este caso concreto, en un auténtico crisol. Pueblos, de todas las procedencias; culturas de todos los matices, han venido a fundirse, y, el resultado se puede considerar como el verso de Antonio Machado: "... y Sevilla."

Machado, nacido en Sevilla, en el sevillano palacio de Las dueñas, propiedad de la Casa Ducal de Alba, hace, en uno de sus más conocidos versos, un estudio de todas las ciudades andaluzas, y habla, por ejemplo, de Jaén, plata; Cádiz, salada claridad; Granada, agua ocul-

ta que llora..., y, cuando llega a Sevilla, no encuentra calificativo, dice: "... y Sevilla."

Es, por éso, tan difícil hablar de mi ciudad, que, si no fuera por la ayuda que la técnica, en forma de diapositiva, me puede prestar, yo me hubiera rendido antes de empezar este trabajo porque, estos tres mil años de historia, esta multitud de pueblos, esta multitud de culturas, han conseguido crear una realidad en la cual el pasado, el presente y el futuro se unen y se armonizan. Han conseguido crear tal cantidad de contrastes, en los cuales, la luz, las sombras, los matices, los colores, los sonidos, los olores, se mezclan y se armonizan que, ¡qué difícil es hablar de Sevilla...!; ¡qué difícil es contaros cómo es Sevilla!...

Prescindiendo de sus más lejanos orígenes, de los cuales, se conoce por la historia pero no han quedado vestigios, se sabe, por ejemplo que Sevilla fué ciudad lacustre, en la cual todas las casas se construían

como palafitos y eran palafitos contruídos sobre pilotes, cosa que se observa perfectamente, porque, el suelo de Sevilla, es tan blando, tan dulce, que en cuanto se mete una pala, se sale el agua, a tal punto — y ésto es, en fin, una cosa de tipo anecdótico — que la construcción del Metro en Sevilla ha tenido que ser parada porque nuestro subsuelo es una fuente continua de agua saliendo y que no había manera de conseguir ser aquéello.

Entonces, la verdadera Sevilla, prescindiendo también de aspectos tartésicos, que efectivamente se creen que existen, pues no olvidemos que a pocos kilómetros de Sevilla apareció el magnífico Tesoro del Carambolo, que se consideran que son las joyas del mítico rey Argantonio, nombrado en la Biblia, contemporáneo de Salomón y de la reina de Saba, y de cuyas minas salió el cobre y el oro para construir el templo de Salomón; prescindiendo de todo ésto, que está, casi pudiéramos decir, en la Prehistoria, existe una Sevilla romana, que, quizás, no ha sido nunca lo suficientemente entendida, ni lo suficientemente valorada.

Sin duda, para el mundo que no es sevillano y también para muchos de los sevillanos, pronunciar Sevilla es, pensar en los árabes: Sevilla, es, más romana que mora. La Bética, cuya capital era Hispalis —Sevilla— la posteriormente llamada Isbilía por los árabes, era la provincia más romanizada, y, de élla, Sevilla, era la capital. Los escasos restos arqueológicos que quedan, como son las columnas de la

calle Mármoles y las columnas que soportan los Hércules de la Alameda, nos dan una sensación de grandiosidad, que nos permiten pensar cómo debió ser esta Sevilla romana; una Sevilla, cuya ciudad de verano para los jubilados o retirados del ejército, era la maravilla de Itálica, ¡Cómo sería la capital!; una capital que dió tres emperadores a Roma; una capital en la cual el cristianismo entró, a través de Sevilla, entró en España — con la Legión Séptima, que era la que estaba en la parte de Túnez, fué la que conquistó la Bética, y desde entonces, Túnez que era ya cristiano, con esta Legión entraron numerosos legionarios romanos, cristianos, que fueron los que trajeron el cristianismo.

Una ciudad, a cuya provincia pertenece Ecija; la ciudad donde estuvo San Pablo con los siete varones apostólicos. O sea, todo lo que es Roma, la Roma imperial, la Roma de los césares y posteriormente la Roma cristiana, se encuentra en Sevilla, y se encuentra, más que en restos arqueológicos — que como digo son muy pocos —, más que nada, en ese aplomo de la gente.

El sevillano es preferentemente un árabe; no es como esos hombres que a mi tierra vinieron, de esa raza mora vieja amiga del sol, que todo lo ganaron y todo lo perdieron...; Sevilla, no. Sevilla, es culta, guerrera, alegre, marcial. Esa Legión tan nuestra de los "armaos" de la Macarena, Legión Tercia, que era la que estaba en Jerusalém, que acompaña a la Virgen de la Esperanza Macarena y al Señor de la Sentencia en su procesión del Viernes

Santo, revelan lo que es el espíritu romano de Sevilla. Cuentan que: "una señora muy culta, turista élla, se acercó una vez al Capitán de los "armaos" de la Macarena, que actualmente es un enfermero del Hospital de Sevilla, y le dijo: ¿ustedes qué son?, ¿los soldados de Tiberio?, y el otro la miró y le dijo: No señora, nosotros somos los "armaos" de la Macarena".

Entonces, todo lo que es el espíritu romano de Sevilla, se condensa en algunos barrios, concretamente en el de la Macarena: esa ponderación, ese equilibrio, ese clasicismo y ese pragmatismo, sevillano.

Los romanos, cogieron la belleza griega y la hicieron práctica; los sevillanos, cogieron el imperalismo romano y lo aplicaron a España. Sevilla, es, romana; romana, no sólo en Itálica; no sólo en esa joya de la escultura que tenemos, procedente de esa cercaña ciudad: el Mercurio, la Venus, la cabeza del emperador Adriano — sevillano él igual que trajano y Teodosio, no es sólo éso; es romana, en su forma de ser. Y, se contraponen siempre en Sevilla, cómo dos Sevillas: una apolínea, que es la Sevilla romana y una dionisiaca, que es la Sevilla árabe; que quizás se puedan representar en dos barrios, que son: el barrio de la Macarena y el barrio de Triana, y quizás, puedan representar las dos formas de ser del sevillano: siempre enfrentado, pero, siempre enfrentado con sus amigos: en devoción, en deporte, en forma de entender la vida.

La Sevilla apolínea, romana, que es dura, no en los restos arqueológicos sino en la forma de ser del sevillano y ésto, ésto es totalmente sevillano. El concepto de ágora, veinte siglo después, ventidós siglos después de la dominación romana, el concepto de "ágora" sigue existiendo. Ahí está la Plaza Nueva, que si bien ha sido hecha en el siglo XIX y es totalmente romántica, representa el centro de la ciudad. El concepto de "paseo": el sevillano, no anda; no es la típica hormiga, característica del siglo XX, que corre a sus negocios y ocaciones arriba y abajo, sino que "pasea" por la calle Sierpes; se va encontrando con sus amigos, va hablando con éellos, y se para, y entra en un café, y entra en un bar, y sigue hablando con sus amigos; pasea, y habla; romano, totalmente romano. La Sevilla romana, mucho más que en la arqueológica está en el alma de los sevillanos.

Pero decíamos que, Sevilla, es un crisol de cultura, entonces, a partir del siglo VIII (octavo), la Sevilla visigoda, de la cual no nos han quedado restos arqueológicos pero, sí, nos han quedado numerosos restos humanos: San Isidro, San Leandro, fueron visigodos; la cultura de Europa en los albores de la Edad Media; la cultura de Europa, a la caída del Imperio romano, residía en Sevilla. Las Etimologías, lo que se puede llamar "la enciclopedia" de los inicios de la Edad Media, se redactaron en Sevilla y las redactó un sevillano, San Isidoro, que, junto con San Leandro son los patronos

de la ciudad.

Peró no solamente es ésto: San Hermenegildo, el que consiguió la unidad religiosa por encima de las disensiones de los arrianos, nació, vivió y murió en Sevilla. Se conserva la cárcel en donde estuvo encerrado, se conserva el lugar dónde fué decapitado. De todo lo que fué la Sevilla visigótica no nos ha dejado apenas nada, y fíjense que cosa más curiosa, lo único que nos ha dejado ha sido una fuente, y, el agua, ha sido la transición de la Sevilla visigoda a la árabe.

No fué Sevilla en tiempos de los árabes, un centro de cultura como Córdoba, pero, ocurrió igual que con los romanos: Decíamos que los romanos eran el alma apolínea; los árabes, nos trajeron el alma dionisiaca. Antes se ha dicho, en los versos también de Antonio Machado, y es cierto, que hay un sector de Sevilla, la Sevilla dionisiaca, que es éso, que és, cómo aquellos hombres que a mi tierra vinieron... Decíamos, de la raza mora, vieja amiga del sol, que todo lo ganaron y todo lo perdieron, y tengo el alma de nardo del árabe español.

El árabe de Córdoba, es de Arabia; el árabe, cuando llega a Sevilla, se hace sevillano; sí, utiliza el ladrillo para construir la Giralda, pero la construye sobre unos basamentos romanos. La Giralda está construída sobre unas viejas losas romanas; construye otro alminar antes que la Giralda — el del Salvador, la primitiva mezquita de Sevilla —; también lo construye sobre basamento romano. El árabe, olvida sus desiertos, olvida su seque-

dad, y se apoya en el alma apolínea de Sevilla, que le da la fuerza, que le da la alegría.

Sevilla, es universalmente conocida por su símbolo más árabe, que es la Giralda. La Giralda, fué el alminar de la más importante mezquita de la Sevilla almohade, obra del arquitecto Imm Abbas, que original, cómo todos los sevillanos, se equivocó en la colocación del mimrab, en el cual era obligatorio dirigirse a La Meca; lo puso en una aproximación central con la puerta del Patio de los Naranjos y lo puso en un sentido que no era el suyo, pero no importa, los árabes sevillanos rezaban mirando a su Meca, que no era La Meca propia de todos los árabes.

Por éso decimos que el árabe, en Sevilla, se olvidó de Arabia hasta para donde tenía que rezar...Y dejó esa maravilla del Patio de los Naranjos, y dejó esa maravilla de la Puerta del Perdón, cuyos aldabones son tema de una tesis doctoral — las inscripciones de los aldabones, no las puertas, los aldabones —; es el preludio de lo que luego se dirá cuando se haga la Catedral de Sevilla.

En Sevilla, todo lo que se hace hay que hacerlo, de una forma tal, que los que nos sigan nos tomen por locos, y así hemos sido siempre los sevillanos, siempre.

Para todo el que ha llegado a Sevilla, es tan difícil entendernos, que a lo mejor nos han tomado por locos. El árabe sevillano construyó una mezquita grandísima, pero no la puso en dirección a La Meca, tampoco era necesario;

hizo unas puertas maravillosas; construyó un alminar — La Giralda que ha perdurado a lo largo de los siglos y se le ha puesto luego una coronación cristiana. Pero, ahí luce esa Giralda, con ese tono que no es ni blanco ni oscuro, que es moreno; con esos paños de sesga, en cada uno de los cuales existe una labor diferente, un ataurique diferente; con esa bóveda de mozárabes de la Puerta del Lagarto, donde luego los sevillanos colgamos un caimán que nos trajeron de América... ¡Es el crisol! Si nosotros pensamos en la Giralda y su evolución vemos: una base romana, una torre mora, un alminar cristiano, un caimán de América..., todo, en un espacio, de base, cómo de unos cincuenta metros cuadrados. Es el crisol que supone Sevilla, es la belleza que supone Sevilla, es su individualidad, que la hace distinta a todas las demás ciudades del mundo.

Pero hay otra cultura de la cual no se habla, que es la cultura semita, la cultura judía. Sevilla, conquistada y devuelta a la cristianidad por el rey Fernando III el Santo, y no de cualquier manera, sino con lo que la leyenda sevillana llama una intervención milagrosa de la Virgen, que se le apareció en visiones de la toma de la ciudad; de esa Virgen de los Reyes, obra gótica de artistas de la isla de Francia, Virgen, en la cual San Fernando hizo que le pusieran el cabello rubio de seda de oro, y los ojos azules como los tenía su mujer-; que con su sonrisa mayestática y su Niño en brazos viene siendo la patrona de Sevilla y, que los sevillanos preferi-

mos creer, que la hicieron dos ángeles que llegaron vestidos de peregrinos en una noche y se la dejaron a San Fernando dentro de una habitación cerrada. Así preferimos creerlo. Ya pueden venir los historiadores del Arte a decirnos que es obra de artistas de la isla de Francia, y efectivamente debió ser, pero a, los sevillanos nos gusta más la historia de los ángeles, Virgen que es reproducida en la Virgen de las Aguas, en la Virgen de San Clemente, etc., representa todo un sistema distinto de considerar la Virgen en Sevilla: vestidad de ricas telas, con su Niño en los brazos que nos lo ofrece, ejemplo de Virgen o gedetría, pero ejemplo también de Virgen sevillana.

Alfonso X, hijo de San Fernando, fué también, quizás el rey más cosmopolita de Sevilla; fué él quien abrió las puertas a todas las culturas de aquella época; bajo él convivieron los mudéjares — árabes que se quedaron a vivir con nosotros después de la conquista —; los cristianos, castellanos secos y recios que también se sevillanizaron; cuando entraron en Sevilla, por la calle de las Armas, actual calle de Alfonso XII, y por la calle San Luis, tuvieron que quedarse impresionados por ésa Sevilla apolínea y esa Sevilla dionisiaca que venía existiendo; y aquí, se quedaron, y se sevillanizaron y hoy en día son más sevillanos quizás. Si se coge la guía de teléfonos de Sevilla, entonces se ven: García, Fernández, Rodríguez, González, Pérez, Gutiérrez..., apellidos, totalmente castellanos que realmente

son los que han dominado en Sevilla desde el siglo XIII.

Pero, es que también existían, cómo decíamos, los semitas, y los semitas fueron los autores de los dos más bellos barrios de Sevilla: San Bartolomé, la antigua Judería y el barrio de Santa Cruz.

San Bartolomé, hoy, que hay que decirle lo de los versos de Rodrigo Caro: "el desastre, la destrucción, la despoblación de un barrio...", y Santa Cruz, el barrio más bonito que hay en Sevilla, con su calle de la Vida y su calle de la Muerte; y su calle Xusona — la bella judía que se enamoró de un cristiano; y su callejón del Agua, donde sí se anda despacio, se siente el agua caer; y la calle de la Pimienta, tan estrecha, tan estrecha, que, si una está un poquito gordita, tiene que andar de lado; y donde vivió aquel gran Señor de Sevilla: Don José Sebastián Bandarán, el canónigo en quien se había concentrado todas las esencias del alma sevillana. Ese barrio de Santa Cruz, con sus cadenas a la entrada, con sus arcos, con sus estrecheces, con sus leyendas de pasadizos secretos por los cuales el rey Don Pedro, a los que unos llamaban el Cruel y otros el Justiciero, salía por las noches... Ese barrio de Santa Cruz... En Sevilla nunca hubo progroms, nunca hubo persecuciones de los judíos; el sevillano, siempre fué tolerante hasta el extremo. Si a Sevilla se la pudiera calificar de alguna forma sería como la "ciudad de la tolerancia", tan tolerante, que algunas veces hemos consentido que la lesionen.

Esa Sevilla, es, la que fué creciendo, creciendo, creciendo y, llegó a ser tan importante en el Renacimiento que el César Carlos V quiso casarse aquí, y se casó en el Alcázar; y fué tan importante en el Renacimiento, que, si bien el Descubrimiento de América salió de Huelva, salió de Huelva, pero volvió a Sevilla, a nuestro actual Archivo de Indias — antigua Casa Lonja —; pero es que aquí estaba la Casa de la Moneda, es que el puerto del Arrenal era a dónde llegaban continuamente los barcos de América; y Sevilla olía a especias...; y fué donde primero empezó a tomarse chocolate y dónde primero empezó a masticarse tabaco, a tal punto, que tuvieron que prohibir que se masticara en la iglesia, porque, el sevillano, dentro de su carácter dionisíaco, cuando toma interés por una cosa..., la coge de una vez, y masticaban tabaco hasta en las iglesias...

Y fué donde llegaron, ustedes no os enfadeis, que os pasamos nuestro idioma; vosotros no habláis castellano, habláis andaluz: muchas eses comidas al final de palabra; la pequeña confusión de jota y ge, no se pronuncian, se aspiran algunos finales; en fin, lo que habláis vosotros es andaluz, y dentro del andaluz el sevillano, que es el más culto de todos los dialectos andaluces.

Y llegamos a la Sevilla del Barroco que es donde más se ve el contraste lo que es Sevilla. Esa Sevilla de los pícaros, de los mendigos, donde llegaba la mayor cantidad de riqueza y donde más riqueza se iba; donde se doraban retablos continuamente — el oro se tiraba a

manos llenas en los retablos, en el culto divino —; donde los mejores escultores, esculpían; labraban más perfecta sea el Hospital de la Caridad, obra del mejor de los santos que hemos tenido en Sevilla que, gran paradoja, aún no está canonizado, que fué Don Miguel de Mañara; hombre que dió todo lo que tenía por los pobres; hombre que mandó que se hiciera una pila para que bebieran los perros de los mendigos y no murieran de sed; que plantó unos rosales — estética del alma sevillana — que a los cuatro siglos siguen floreciendo, no han muerto; que se buscó a Bernardo Simón de Pineda, a Pedro Roldán, a Bartolomé Esteban Murillo y a Valdés Leal y que construyó lo que, después de la Catedral de Sevilla, es la mejor obra de arte que en esta tierra vieron los siglos: Un sitio donde la vida y la muerte se dan la mano; donde se ven las postrimerías hasta el extremo, y donde te ponen en la puerta "Casa de los pobres y escala del cielo", y sigue siéndolo...

Cuatro siglos hace que Don Miguel de Mañara murió, dejando dicho que lo enterraran en la puerta de la Iglesia para que todo el mundo lo pisara; y, aún sigue abierta la casa que su caridad dió a Sevilla y, aún hay muchos sevillanos que mandan que sean enterrados por la santa caridad. Y, aún hay una cofradía en Sevilla, en la cual se representa el Santo Entierro de Cristo — que es la Sagrada Mortaja —, delante de la cual un muñidor con ropa del siglo XVII va tocando la campana de la caridad, porque, a Cristo también

lo enterraron por caridad — la de Nicodemus y José de Arimatea — porque su Madre no tenía dinero para el entierro.

Una Sevilla, esta Sevilla barroca, que no ha muerto; quizás sea ésto lo fundamental de Sevilla. Todo ésto de lo que hemos hablado: lo romano, lo árabe, lo judío, lo visigodo, lo medieval, lo renacentista, América, el barroco..., no han muerto. Sevilla, en los años finales del siglo XX, cuando se va a celebrar en el año 1992 el V Centenario del Descubrimiento de América, Sevilla conserva su alma barroca, y la conserva en lo que es la gran fiesta de Sevilla, de los sevillanos, la SEMANA SANTA.

Es muy conocida incluso por charlas, diapositivas, libros de Arte, etc., lo que es la imaginería barroca sevillana, pero éso tiene la frialdad de la letra impresa o la frialdad de una pantalla de diapositivas. En la Semana Santa, Sevilla encuentra sus raíces; en la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, Sevilla encuentra sus raíces. El sevillano desde que empieza a celebrar la Pasión, empieza a celebrar la Resurrección. Por éso la Semana Santa es una mezcla de dolor y luz; yo; si me atreviera, la compararía con lo que es un parto: la madre que da a luz sufre, pero, ¿y esa alegría del hijo?; pues igual sucede con la Semana Santa: el sevillano sufre con su Dios que muere pero a la vez se alegra porque sabe que resucita.

La Virgen más universal de la Semana Santa de Sevilla es la Esperanza Macarena, la más universal;

personas que nunca han oído hablar de la Semana Santa, han oído hablar de la Macarena y del Gran Poder. Esta Virgen Macarena es una Esperanza, es una Dolorosa, está llorando, pero al mismo tiempo se sonríe, porque Ella sabe que su Hijo va a resucitar. Hay una saeta, que es ese canto, verdadera espada, verdadera lanza, que se clava en los oídos del que la oye y que se tiene que clavar también el corazón de a quién va dirigida — la Virgen en este caso —. Esa saeta, cuyo origen está en un canto de Pascua judío, en un canto sefardí — el crisol del que hablábamos de culturas de Sevilla —; esa saeta que sale o bien del pueblo en la calle, o desde un balcón, o, bien, en la puerta de una iglesia. Pues bien, hay una saeta que cuando se dirige a la Virgen demuestra claramente lo que es el sentido de la Semana Santa en Sevilla y le dice éso: “No llores tu Virgen mía, Macarena sevillana, no llores tu, si tu Niño va a resucitar mañana...”

El sevillano es un hombre de fe, a lo mejor de forma inconsciente, y entonces celebra pasión, muerte y Resurrección todo junto. Y, ésto lo hace con todo ese barroquismo y con toda esa fuerza que tiene todo lo que es su cultura, y entonces, al Cristo, a la imagen del Señor que sufre, azotado, con la cruz a cuestas, crucificado, vivo o muerto; a esa imagen la coloca sobre un tronco de madera dorada; le pone una alfombra de claveles rojos o de lirios; le pone cuatro cirios y, cómo dice el Padre Fué — ese mejicano que tan bien supo

entendernos — cómo es un hombre, a los hombres pues no se les consuela sino que, cuando les ocurre una desgracia, se les da un golpe en la espalda y se le dice: “ten valor”, y cómo es un hombre lo más que le ponen es un redoble de un tambor.

Y detrás colocan a su Madre, a la Virgen, y entonces el trono es de plata, porque la Virgen, según la versión de la Inmaculada apocalíptica que es la característica de Sevilla — no olvidemos que Sevilla defendió el dogma de la Inmaculada muchos siglos antes de que fuera dogma,— le pone un trono de plata — que es la luna—, y la llena de flores y le pone muchísimas velas, porque, Ella no puede ver a su Hijo que va muerto delante, porque entonces lloraría más; y, detrás, en vez de ponerle tambores, le ponen una música suave y la va meciendo; va haciendo que ande, porque los “pasos” de la Semana Santa de Sevilla no anadan sobre ruedas ni sobre ningún mecanismo, andan sobre corazones, sobre el esfuerzo de esos Hermanos que son los costaleros; los costaleros que, antes eran asalariados y ahora pagan ellos por llevar sobre sus hombros, sobre sus cerviz a su Cristo o a su Virgen. Entonces, esos costaleros que, cómo yo oí una vez a una mujer del pueblo decir: “no cabían en su pellejo porque su Madre andaba con sus pies...”, esos costaleros, la llevan a un paso amoroso; va andando con pasitos cortos y lo mismo que el Señor del Gran Poder, cuando viene andando en esa madrugada de Sevilla, en esa madrugada única, en esa madrugada de la

que no se puede hablar porque no hay palabras para explicarlo, cuando viene andando, se le ve venir sobre la multitud, con un paso largo; no viene agobiado por el peso de la cruz, cómo tiene el Gran Poder, El lleva la cruz por mucho peso que élla tenga.

La Virgen va detrás, humilde, sumida, con un pasito corto, mecida, y va debajo de un palio porque Sevilla a la Virgen le pone un dosel de Reina; un palio, donde toda la maravilla que puede ser el bordado de Sevilla se ha echado; y lleva manto de Reina, donde toda la maravilla que es el bordado en oro se ha echado, donde la aguja se ha convertido más que en aguja en buríl de orfebre; donde no se ha escatimado el oro; donde no se ha escatimado el terciopelo— que es terciopelo de Byon, que una Hermandad de Sevilla, que es la Hermandad del Vaille, se enteró de que en Lyon quedaba un jesto de terciopelo, fabricado hace dos siglos, y lo compraron a precio de oro, para pasar los bordados del siglo XVII que tenían—.

En Sevilla, igual que un novio nunca le escatima un regalo a su novia, aquí, al Señor y a la Virgen le damos lo mejor que tenemos y, le damos el oro, le damos la plata, le damos las piedras preciosas y, si el año 1912 a la Macarena se le hizo una corona de oro macizo, cuando después de nuestra Guerra Civil, esa corona se entregó para el tesoro de España, los sevillanos no lo consintieron y todos dieron todo lo que tenían: alianzas pendientes, cadenas de Primera Comu-

nión, hoyas, todo, para rescatar el peso de la corona de su Virgen; y no se fundió la corona de la Macarena sino que siguió en sus sienes y, cuando fué coronada canónicamente, se la enriqueció aún más, y ahí fueron esmeraldas, y ahí fueron perlas, y ahí fueron brillantes, y las mejores joyas no se ven, las tiene por dentro, porque, es lo que tiene en la cabeza la Señora.

Y Sevilla, mantiene, hoy en día, lo mejor. Necesito llamarle artesanía, le llamo Arte de España, que es el arte de orfebre que hacen las canastillas de los pasos, los barales, las candeleras, y las coronas de oro. Recientemente se ha coronado a la Esperanza de Triana, y su barrio de Triana ha pagado una corona de oro, en estos tiempos—. Y están los mejores bordadores, que no bordan, planchan, que es el arte más delicado que existe, ese arte en el cual el oro no puede traspasar la tela, se aplica por encima.

Y Sevilla, ha mantenido una tradición cerámica, de raíz no árabe sino romana. Las patronas de Sevilla: Santa Justa y Rufina, eran alfareras de Triana, y les costó la vida no admitir el culto báquico. ¿Y, qué tiene que ver la cerámica con la Semana Santa? ¡Qué pocas calles hay en Sevilla que no tengan un azulejo cerámico con una imagen de nuestra devoción!... El sevillano, en su terraza, en su patio, tiene en cerámica la imagen de su devoción.

Y, hay una Sevilla, que sigue bordando en oro, no sólo para sus vírgenes sino para las márgenes que la acompañan. Que en Sevi-

lla, la túnica de nazareno de Semana Santa, del nazareno que acompaña a la imagen, lo mismo sirve para el bautizo que para la mortaja; que la postura del sevillano es que, cuando vuelve a la tierra que le vió nacer, le ponga su túnica, porque él quiere que su Virgen, su Cristo, le conozcan. Y un famosísimo pintor de Sevilla, marchó a Roma, con una beca, y ¿a qué no sabeis lo que echó en el equipaje?, Su túnica de la Virgen de Montserrat, porque Dios sabe lo que podía pasar...

Es, el encuentro del sevillano, la Semana Santa, con sus raíces. Se olvida de que es una ciudad con más de 600,000 (seiscientos mil) habitantes; se olvida de que estamos en los años finales del siglo XX; el sevillano vive a solas con su Dios, con sus padres, con sus abuelos, con sus antepasados, y, a solas con su forma de entenderla. Para un sevillano, es un regalo la Semana Santa; es Tierra Santa, porque, para él, Jerusalén está en Sevilla.

Ya hablamos antes, al hablar de la Sevilla medieval, del Barrio de Santa Cruz, del Barrio de San Bartolomé, de las antiguas juderías, de las murallas, de las puertas, de los arcos... Ahora, tenemos que hacer una mención, aunque sea breve, de lo que fué la Sevilla romántica. La Sevilla que, con la familia de los Monpensieur, se convirtió en pequeña capital de esa corte provinciana que ellos encabezaban. Es la Sevilla de los barrios tradicionales, de los barrios señoriales: San Lorenzo, San Vicente, la parte exterior, la parte de fuera del barrio de Santa

Cruz. Es la Sevilla de las casas-patio, en la cual, toda la tradición romana y árabe confluyen. La Sevilla que, si bien, cómo las casas romanas, tiene balcones, cierros y ventanas al exterior, concentran toda su vida en torno a ese patio — lleno de pilistras, geranios y flores — con una fuente en la que el agua susurra; o una palmera — símbolo de la influencia árabe — en el centro que, en los meses de verano, es el pulmón de la ciudad. Una Sevilla que, desgraciadamente, en retroceso, parece que en los últimos tiempos va siendo conservada.

Una Sevilla, en la que aún se oyen los pregones: del sillero, que arregla las sillas; del que vende el "mantillo" para las macetas — forma en que los sevillanos llamamos a la tierra mezclada con abono—; del que pregona la leche, o incluso el afilador que, si bien ahora ya no suele utilizar el pie, para mover la rueda sino el pequeño motor de su motocicleta, sin embargo, sigue pregonando con el mismo pito — especie de flauta de Pan o siringa, que quizás sea éste uno más de los muchos puntos con los que tenemos vinculación de estas tierras que son hijas nuestras—.

Esta Sevilla, sosegada, tranquila, en la cual no hay exceso de tráfico y, de cuando en cuando, los vecinos hablan de balcón a balcón; se anima muchísimo cuando llega la primavera. Una vez que ha pasado la Semana Santa en la misma arca o en el mismo cajón de la cómoda en que se guarda la túnica de nazareno, la mujer sevillana saca su traje de flamenca — que es su autén-

tico nombre, no el de "faralae", nombre extraño que no nos dice nada con el cual no hay mujer, niña, joven o vieja, que no esté favorecida. Con ese traje de flamenca se traslada a la Feria que, si bien en un principio fué agrícola y ganadera, hoy se ha convertido simplemente en una feria festiva y, allí, durante seis días se canta, se bebe, se va a los toros, se ve el desfile de los caballos que bailan y bracean al pasear, los coches enjaezados a la andaluza y los cocheros vestidos a la usanza de los bandoleros románticos... y viviendo ésto con toda intensidad y con las retinas cargadas de luz y de color, se prepara el sevillano para afrontar otro año.

Con sus interferencias, con sus cruces de Mayo — que ahora se están revitalizando —, con su Romería del Rocío, en la cual Sevilla se vuelve campera y al paso cansino de los bueyes, parece que se acerca a lo que es la Andalucía Baja, a lo que es la marisma. Con su día del Corpus, en el cual toda Sevilla huele al romero y las flores con que se adornan y alfombran las calles y en el cual Jesús Sacramentado, sale sobre esa maravilla de plata que es la custodia — monumento de Arfe —, y en cuya festividad, después, durante toda la octava, ésos mismos "seises" que durante la festividad de la Inmaculada han bailado vestidos de azul ante el Santísimo, vuelven a bailar vestidos de rojo, con canciones alusivas a la espiga y a la uva — Cuerpo y Sangre de Cristo —, en el altar Mayor de la Catedral.

Esa Sevilla, que luego se duerme en esa siesta del verano, para

volver — porque se veranea en una playa cercana —, el 15 de agosto, día de la Virgen de los Reyes, en el que la Virgen "fernandina", rodeada de nardos y bajo su palio señorial de "tumbillas" con los escudos de Castilla y León, hace su solemne procesión de tercia, y, según la tradición sevillana concede todo lo que se le pide al que esté frente a su puerta — sale por la Puerta de los Palos de la Catedral — y la vea cuando su bella cara, no por arcaica menos atractiva, recibe el primer rayo del sol mañanero.

Es una Sevilla tradicional y al mismo tiempo moderna; una Sevilla, que ha visto crecer a su alrededor una cantidad grande de barrios residenciales, industriales y de obreros. Una Sevilla, que quizás se haya desvirtuada un poco; también nuestra población ha sufrido, y decimos sufrido voluntariamente, un enorme aluvión de gente rural que se ha convertido en urbana en los años del gran "boom" industrial, desgraciadamente ahora mismo un poco en receso y que han pasado a engrosar la población sevillana, sin conocer nuestros valores tradicionales y quizás habiendo perdido los suyos.

Sin embargo, es a la vez una Sevilla joven, que durante todo el año se adhiere a las olas, a las modas, a los cambios que va dando el siglo XX. Pero que luego, siempre, en determinados días, cuando es un hombre y vuelve a sacar su corbata y su chaqueta azul y cuando es una mujer, vuelve a vestirse sus galas y vuelven a convertirse en la típica y el típico joven sevillano, muy amante de su ciudad, a la cual

todos queremos, que tendrá sus defectos, pero de la que somos incapaces de vivir mucho tiempo fuera de ella.

Una Sevilla, en la cual se siguen utilizando las artesanías tradicionales, porque, los patios, hasta de las casas más modernas, se hacen con cerámica, con los típicos azulejos trianeros; porque, aún quedan muchas cancelas con su fecha puesta del siglo XIX, en las cuales los primeros artesanos de la forja cierran y al mismo tiempo dejan abierto el camino a esos patios de mármoles en los que los surtidores rumorosos de sus fuentes nos hacen olvidarnos de que estamos en una parte de Andalucía quizás un poquito seca.

Una Sevilla, en la cual, el jardinero francés de los Duques de Monpensier, aprovechó la tradición árabe de los patios de cruceiro — esa tradición árabe que se observa en la Alhambra, en el Generalife, de Granada y la traspasó al Parque de María Luisa, en el cual toda esa fronda verde, todos esos rosales y flores, toda esa cantidad de fuentes, estanques y surtidores, reflejan la generosidad, tan sevillana, de la Duquesa Doña Sol que se lo regaló a Sevilla, y en el cual en el año 1917 se levantaron los Pabellones de la Primera Exposición Iberoamericana, hoy aprovechados, y en los cuales te siguen hablando de lo que es América: está el Pabellón de Perú actual consulado de su país; el de la Argentina — actual Instituto de Enseñanza Superior —; el Pabellón de Chile — actual Escuela de Artes Aplicadas en el cual se siguen

estudiando todo lo que fueron las antiguas artesanías. Todos esos Pabellones: el Pabellón mudejar, el Pabellón Real — que constituye la maravilla de la Plaza de América; la maravillosa obra de Aníbal González que ha creado la Plaza de España, en la cual, el agua que discurre por debajo de los puentes de cerámica, la fuente y ese marco azul del cielo sevillano es quizás el más bello cuadro plástico que se puede encontrar en lo que fué la Sevilla de la Exposición de 1929. Esa Plaza de América, en la cual una alfombra blanca de palomas refleja la paz que el sevillano va buscando allí.

Esas frondas del Parque de María Luisa; esos jardines cerrados del Alcázar, en el cual todo lo árabe y lo renacentista se ha unido, ese jardín cerrado que, cuando se quiso abrir una verja se negó el Patrimonio Artístico por considerar que perdía su carácter de Jardín árabe; esos patios de cruceiro almohade; esos baños de Doña María de Padilla por donde parece que circula la sombra del rey Don Pedro el Cruel... Todos esos barrios, todos esos patios, todas esas verjas, toda esa cerámica, toda esa agua, todas esas fuentes, todos esos talleres de forja, de orfebrería, de bordados, de cerámica... todo eso, es una Sevilla quizás más viva que la de la industria, que la de los barcos, que la de los grandes esfuerzos industriales que, sin embargo, también, sigue manteniéndose.

Es la Sevilla, en la cual aún siguen existiendo más de cuarenta conventos de Clausura femeninos: Convento de Santa Paula — en el

cual las novicias indias siguen poniendo su nota de exotismo y demostrándonos que el catolicismo es universal; el Convento de San Clemente — donde los recuerdos del Rey San Fernando son tan importantes, dónde la Orden del Císter, seca y europea se ha sevillanizado; el Convento de Santa Clara... Todo el barrio de San Lorenzo — del que hablábamos antes — en el cual está viva la figura de Hernán Cortés, con el palacio de su esposa, con la iglesia en la cual se conserva su partida de defunción...

Todo éso constituye una Sevilla que, "ASI ES"...y, que, hay que verla, y, volverla a ver...; y, pensársela... porque, pocas personas deben de pensar que es fácil conocer Sevilla. Sevilla..., es difícil, pero, cómo las mujeres..., cuando se dá, se dá del todo...

Y yo, aquí voy a terminar, porque ahora Sevilla va a hablar por mí a través de las diapositivas que he traído, que no reflejan su belleza, que no le hacen justicia, porque Sevilla hay que verla, y hay que verla al natural, y hay que olerla, y hay que palparla, y hay que escucharla...; no a mí, que soy en este caso su pregonera, sino que hay que escuchar el sonido y el silencio de Sevilla, no sólo en la tradicional y alegre música de las sevillanas sino en el silencio de sus calles, en el susurro de sus fuentes, en la brisa perfumada que te acaricia, en las aguas del Guadalquivir, en que se contempla...

Y señores, ASI ES SEVILLA... Ahora, yo ya no puedo hacer más, sois vosotros los que tenéis que ir a verla, que, élla, os recibirá con los brazos abiertos.